

LOS JÓVENES Y SUS LUCHAS POR EL RECONOCIMIENTO*

YOUTHS AND THEIR STRUGGLES FOR RECOGNITION

Adrián Restrepo**

El artículo constituye una reflexión sobre la experiencia de ocho grupos juveniles de la ciudad de Medellín. La potencialidad política de estas prácticas juveniles es abordada desde la perspectiva de las luchas por el reconocimiento. Las heridas morales causadas por las situaciones de exclusión motivan a tales personas a emprender acciones para ser reconocidas, en donde los medios de comunicación adquieren un papel preponderante.

Palabras clave: jóvenes, exclusión, luchas, reconocimiento, democracia, medios de comunicación.

O artigo faz uma reflexão sobre a experiência de oito grupos juvenis da cidade de Medellín (Colômbia). Abordam-se, desde a perspectiva da luta pelo reconhecimento, as potencialidades políticas de tais grupos. O elemento motivador para os jovens empreender ações a procura do reconhecimento é a ferida moral causada pela exclusão. Nesse contexto, os meios de comunicação adquirem um papel preponderante.

Palavras chave: jovens, exclusão, lutas, reconhecimento, democracia, meios de comunicação.

This article is a reflection on the experience of eight youth groups in the city of Medellín. The political potential of these youth practices is approached from the perspective of the struggles for recognition. Moral wounds caused by the exclusion situations motivate these people to undertake actions to be recognized, where the media take on a preponderant role.

Key words: youth, exclusion, struggles, recognition, democracy, media.

* Este artículo hace parte de la investigación “Jóvenes, participación política y formación democrática”, estudio financiado por Colciencias y desarrollado por la línea “Acción colectiva, culturas políticas y ciudadanías” del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia en asocio con el Iesco de la Universidad Central de Bogotá.

** Magíster en Ciencia Política, miembro del grupo de investigación Estudios Políticos y docente del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, Medellín (Colombia). E-mail: adrian.restrepo@udea.edu.co

La renuncia al mejor de los mundos no es la renuncia a un mundo mejor.

Edgar Morin

La participación política suele asociarse con la participación de los ciudadanos en los asuntos del Estado por medio de los mecanismos formales dispuestos para dicho propósito. Esta asociación, tradicional en la ciencia y la teoría política, ha permitido cierto reduccionismo tanto de la idea de la *política* como de los medios para realizar ejercicios políticos de participación. La política, así concebida, termina por reducirse a la acción de las instituciones estatales, a los profesionales políticos y al “buen” ciudadano que acude constantemente a la legalidad como fuente de derecho.

Esta forma de percibir la política deja al margen otras dinámicas sociales que pugnan por constituir una sociabilidad política que, si bien por necesidad histórica hace referencia a las instituciones estatales, sin embargo, exalta al ciudadano comprometido con los asuntos públicos como eje articulador de la acción política. En esta dirección, el ciudadano no deviene propiamente después de la constitución del Estado, ni los derechos adquiridos son dádivas otorgadas por el soberano. Por el contrario, la centralidad del ciudadano conduce a comprender al Estado como un resultado posible en la medida en que los ciudadanos han participado en la determinación de una forma de organización peculiar de la comunidad política. Y dicha participación activa del ciudadano –las luchas que desata– obedece a que éste compromete en sus luchas el estilo de vida singular y el de su colectividad con la que comparte un mundo en común (Arendt, 1998).

En el caso particular de los jóvenes, éstos, junto con sus organizaciones, han sido confinados a la parte “impura” de la política. Las instituciones estatales, en cabeza de los adultos, encuentran válida la actividad política de los jóvenes siempre y cuando acudan a los mecanismos establecidos y sigan los parámetros institucionales. Aquellas prácticas juveniles que renuncian a la participación electoral y a la utilización de los procedimientos estatales son vistas por los adultos como apáticas frente a los asuntos públicos y cargadas de apoliticidad. A contracorriente de esta tendencia, existen distintas organizaciones de jóvenes que con sus experiencias vienen reconfigurando la política como acción y discurso. En esta lógica, la ausencia de participación de los jóvenes en los escenarios tra-

dicionales de la política no expresa la apoliticidad de los jóvenes, sino, por el contrario, una fuerte conciencia de lo público que los obliga a “dejar” los espacios formales de la política porque aparecen a su juicio como envilecidos y agotados para la toma de decisiones pretendidamente colectivas.

Para estos jóvenes, la acción política implica, por un lado, el reconocimiento de problemas comunes, o sea, situaciones de exclusión que afectan el estilo de vida que cada joven en particular pretende desplegar y, por el otro, la posibilidad de encontrar soluciones a los problemas queda sujeta a la conformación de un colectivo que, reconociendo la subjetividad de cada uno de sus integrantes, crea las estrategias pertinentes para enfrentar los poderes que configuran la situación de exclusión que hace que sus planes particulares de vida aparezcan en riesgo.

Las distintas formas de acción implementadas por estos jóvenes tienen la peculiaridad de afirmar, en medio de una situación de exclusión¹, la constitución de una identidad personal que para concretarse en una práctica social aceptada requiere también de la conformación de un grupo con el cual reconocerse y, a la vez, emprender una acción colectiva para ensanchar la esfera pública. La lucha de los jóvenes por la inclusión expresa la disputa por el *reconocimiento* en escalas como la familia, la sociedad y el Estado. Estos ámbitos de la vida son considerados por los jóvenes como portadores de prácticas de exclusión que deben modificarse de manera que los sujetos jóvenes puedan desplegar sus estilos de vida satisfactoriamente.

En esta perspectiva, la creación de los grupos juveniles y el empleo de la comunicación y el arte, como una especificidad de la acción realizada por los grupos, hacen parte de la disputa por la conformación de una opinión pública *subalterna* que cuestiona el tratamiento ofrecido por la sociedad mayor a los jóvenes, porque tal trato discrimina a esta población en la medida en que la conduce al silencio, a la adopción irreflexiva de un estilo de vida que contraría las expectativas de realización personal que cada joven posee, y porque, en general, el modelo socialmente ofertado, con sus contenidos prescriptivos de identidad, resta posibilidades reales para la conformación del reconocimiento de los jóvenes en las dimensiones de la autonomía, el autorespeto y la autorrealización.

Para abordar las luchas de los jóvenes por el reconocimiento, el artículo hace referencia en primer lugar a los modos de constitución del reconocimiento intersubjetivo y su relación con la exclusión. Segundo, en la línea del reconocimiento, describe las distintas formas de exclusión vividas actualmente por los jóvenes. Tercero, indica la recurrencia de un pasado en común entre los integrantes de los grupos juveniles que les permite derivar aprendizajes sobre el presente, a la vez que dota a los jóvenes de referentes identitarios. Cuarto, el texto propone interpretar las luchas por el reconocimiento de los jóvenes como un esfuerzo por profundizar la democracia al promover el pluralismo y la utilización de los medios de comunicación para difundir, justificar y posicionar las subjetividades negadas. Por último, el documento presenta una reflexión general a modo de conclusión.

RECONOCIMIENTO Y EXCLUSIÓN

La formación de la identidad involucra a la persona en su ser en tanto la enfrenta a la necesidad de responder por el sentido de su existencia, o sea, confronta la pregunta “¿quién soy yo?”. El sujeto, para dar respuesta a este interrogante, necesita superar la situación de objeto en que está al llegar al mundo, para lo cual emprende el proceso de constitución de su identidad. La constitución en sujeto autónomo requiere que la persona emprenda la búsqueda de sentido ontológico, recorrido sólo factible en la medida en que participa de relaciones intersubjetivas, en los ámbitos de la familia, la sociedad y el Estado, conducentes a la definición de la propia identidad.

Este proceso dinámico está constituido por la reciprocidad entre los sujetos que integran a una situación de relación en la cual experimentan un *saberse en el otro*, sin ser necesariamente iguales en términos de los contenidos de sus pretensiones, aunque sí en el hecho mismo de tener pretensiones consideradas por ellos como legítimas. En palabras de Honneth, “sólo cuando cada sujeto ha experimentado también del otro que se sabe a sí mismo en el otro, puede adquirir la confianza de que el otro... es para mí. Para designar tal relación de recíproco conocerse-en-el-otro, Hegel emplea por vez primera el concepto de *reconocimiento*” (Honneth, 1997: 52).

La identidad personal de un sujeto está ligada al presupuesto de determinados actos de reconocimiento por parte de otros sujetos; la formación de la identidad del

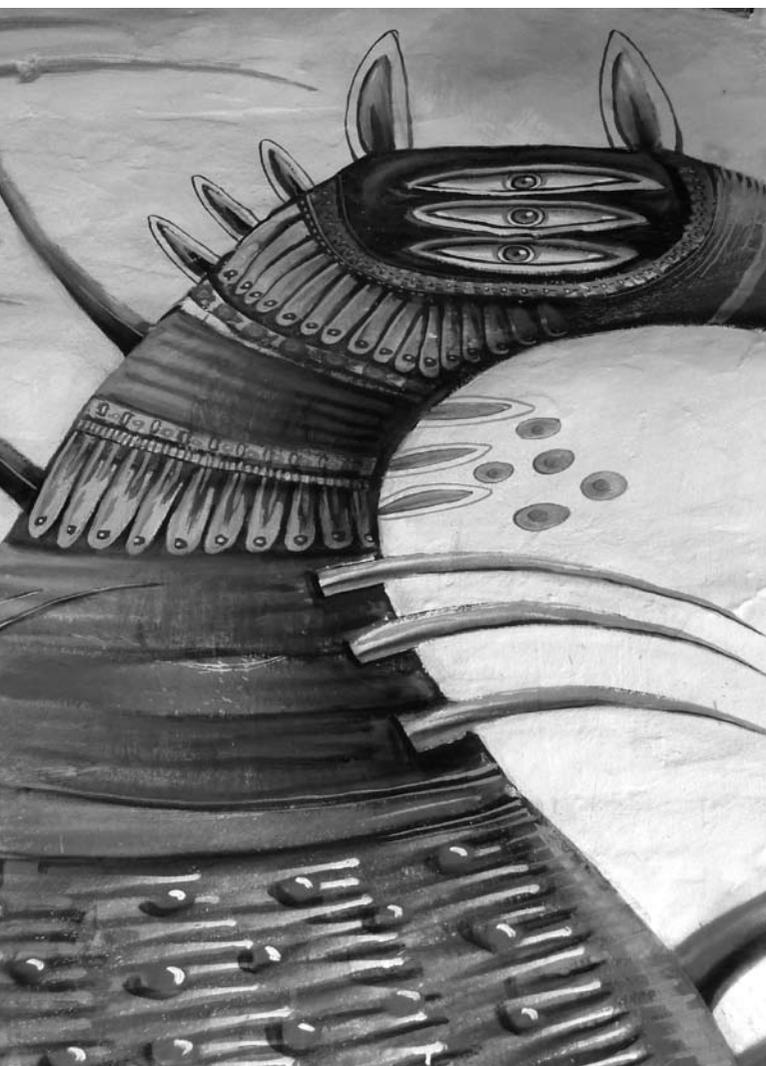
sujeto está anudada a la experiencia de un reconocimiento intersubjetivo que, según Honneth, pasa por los estadios de la familia, la sociedad y el Estado. A cada uno de estos estadios corresponde un modo de reconocimiento así: el amor en la familia, el derecho en la sociedad y la solidaridad en el Estado. Estos estadios tienen como característica que, en su orden, contribuyen en mayor grado a la autonomía del sujeto².

El reconocimiento acaece en la interacción de la vida diaria de los sujetos, en ésta deviene la formación del sujeto en la medida en que el otro reconoce las facultades y las cualidades de una persona como valiosas. Tal exaltación permite a la vez que el sujeto conozca aspectos irremplazables de su identidad, al punto de llegar a contraponerse al otro en tanto se confrontan dos identidades singulares.

En este movimiento del reconocimiento están involucradas las etapas de la reconciliación y el conflicto entre los sujetos. Etapas que, aunque separadas, conforman una dinámica de lucha por alcanzarlo, una puja de fuerzas por aceptar o rechazar facultades o cualidades que cada sujeto considera en su fuero interno como pretensiones legítimas que reclaman un campo de acción social efectivo. El establecimiento de la identidad conducente a la formación de un sujeto autónomo implica una lógica intersubjetiva de afirmaciones y negaciones que contraen o ensanchan la esfera pública, permitiendo o negando la instauración de un determinado estilo de vida considerado por cada uno de sus gestores con capacidad de constituir pretensiones legítimas.

La lucha por el reconocimiento tiene como componente motivador aquellas experiencias de construcción de la identidad del sujeto truncadas u obstaculizadas por el otro, y que generan en el sujeto el sentimiento de menosprecio. Este sentimiento consiste en una delimitación forzada de la individualización y el reconocimiento del ser humano que genera una experiencia de lesión psíquica capaz de sacudir la identidad de la persona en su totalidad. El menosprecio va acompañado de sensaciones afectivas que indican las privaciones de reconocimiento social como situaciones internas de ánimo que llegan a expresarse manifestando el sentimiento de desplome del propio valor.

El sentimiento de menosprecio es una vivencia experimentada por el sujeto en contra de su voluntad, y, como vivencia, manifiesta la existencia de situaciones de exclu-



Graffiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

sión (Cortés, 2002). De acuerdo con Honneth (1997), las situaciones de exclusión tienen lugar en los ámbitos de la familia, la sociedad y el Estado, los mismos espacios de relaciones sociales donde también tienen lugar los tres modos de reconocimiento señalados anteriormente. A cada una de esas formas de reconocimiento corresponden entonces unos modos de menosprecio o humillación que atentan contra la autonomía, el autorespeto y la autorrealización del sujeto.

El sentimiento de menosprecio, no obstante la adjetivación negativa, trasciende a un estado de positividad porque permite al sujeto la formación de la conciencia de sí. El ser humano tiene la capacidad de aprender de las acciones y los hechos que configuran la trama de la vida—entre éstos las situaciones de exclusión— y deriva de estos acontecimientos el conocimiento para comprender

su vivencia y para orientar la acción. En esta perspectiva, las heridas morales (Uribe, 2000) son más que el mero registro de experiencias de exclusión en la vida del sujeto y pasan a convertirse en motivaciones para la acción del sujeto sentipensante (Morin, 1998).

Las heridas morales causadas por las situaciones de exclusión marcan la historia de vida de cada sujeto excluido y, a la vez, motivan a tales personas a emprender acciones para ser reconocidas como miembros plenos de una sociedad de derechos en donde cada sujeto podrá vivir la autorrealización. Esta afirmación, siguiendo a Honneth, implica aceptar que “la pretensión de los individuos a un reconocimiento intersubjetivo de su identidad es la que, desde el principio, como tensión moral, se aloja en la vida social” (1997: 14). Los conflictos sociales, en consecuencia, no se libran solamente por recursos económicos o por obtener el poder a secas, sino que tienen también reivindicaciones en términos de justicia.

En los conflictos sociales los involucrados ponen en “juego” sus identidades, lo que son y lo que pretenden ser. De esta manera, las luchas o conflictos catalogados como objetivos, racionales y “puros”, tienen a la vez como corolario una base intersubjetiva en donde la subjetividad, las personas con sentimientos y aspiraciones de autorrealización personal, entran en pugna por poder ser a plenitud, por llegar a vivir autónomamente.

Esta caracterización del conflicto como situación que compromete al sujeto y su identidad tiene, de acuerdo con Honneth, asiento en el hecho de que “en la estructura de las relaciones humanas de interacción, la espera normativa de enfrentarse con el reconocimiento de los otros está construida sobre el presupuesto implícito de ser tenido en cuenta en los planes de acción de los demás” (1997: 60). La expectativa social de inclusión demanda la participación activa del sujeto en cuanto ser autónomo. De ahí que “ser tenido en cuenta en los planes de acción de los demás” incluya la participación del sujeto en el proceso mismo de toma de decisión para que no sea socialmente ignorado.

El proceso dinámico del reconocimiento está aparejado con la exclusión. Las luchas por el reconocimiento cobran sentido justamente porque son libradas en situaciones que atentan contra la dignidad de la persona al generar en ella el sentimiento de menosprecio. Las heridas morales causadas a la persona por las vivencias de menosprecio actúan como motivaciones para la acción pú-



Graffiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

blica de los excluidos en procura de ser reconocidos por el otro como sujetos autónomos y, por tanto, como portadores de pretensiones legítimas que reclaman aceptación social para poder desarrollar fácticamente los planes de acción que concretan su identidad. La lucha por el reconocimiento expresa así los esfuerzos de los excluidos por hacer parte de un orden que posibilite la vivencia plena de su subjetividad³.

Según este análisis, la formación de grupos procede de la vivencia de situaciones de exclusión que constituyen una herida moral, y que son comunicadas entre las personas por la imperiosa necesidad de confirmar su existencia y desatar los nudos de los sentimientos que pueden ser sobrellevados una vez el dolor adquiere nombre. Estas heridas permiten la identificación entre quienes posteriormente conformarán la organización. Los parti-

cipantes del grupo encuentran como elemento común los sentimientos generados por las pérdidas en la constitución de un orden que los excluye (Roiz, 1996). El grupo, asimismo, es el espacio para la acción política porque, por un lado, permite el encuentro entre iguales, pero estos iguales entienden que, por otro lado, el grupo es un espacio social limitado y las problemáticas que han generado su exclusión trascienden ese espacio que, aunque importante, no logra reemplazar los otros ámbitos de la vida del sujeto en los cuales él espera desplegar sus planes de acción.

Esta necesidad de conformar agrupaciones para posteriormente trascender el ámbito grupal en la constitución del reconocimiento por parte de los excluidos, puede entenderse como la progresión de la identidad (Ricoeur, 2006). Paul Ricoeur mostró como los caminos que dan cuenta del paso del reconocimiento-identificación al reconocimiento mutuo (base de la relación de reciprocidad) pasan necesariamente por el reconocimiento de sí, pues este último permite al individuo apropiarse las capacidades que modulan el poder de obrar, es decir, la agencia del sujeto. Este proceso conduce a constituir una figura de la identidad en la mutualidad (grupos). El reconocimiento por parte del otro conlleva el dominio de las propias capacidades, autonomía que para confirmarse requiere ponerse en cuestión y, así, simultáneamente entrar en práctica. Un sujeto en soledad sabe poco de la autonomía, simplemente está en estado de expectativa social. La autonomía tiene como mayor atractivo ser vivida y ese componente pragmático conecta al sujeto con el Otro y, por tanto, muestra la soledad como fuga para resguardar el ego, circunstancia excepcional que necesariamente queda constreñida a la situación constante y real de un vivir en relación con los otros donde la identidad del sujeto logra establecerse.

En este proceso de progresión de la identidad, siguiendo a Ricoeur, entra en juego el binomio de la *memoria* y de la *promesa* “en el que la temporalidad del sí se despliega en las dos direcciones del pasado y el futuro, al tiempo que el presente vivido revela su doble valencia de presencia e iniciativa” (2006: 312). Este hilo de la temporalidad permite abordar el estudio de la conformación de la lucha por el reconocimiento que libran los jóvenes siguiendo el vestigio de la configuración grupal en tres momentos: el recuerdo, el presente y la promesa.

El *recuerdo* es entendido como la evocación viva sobre una experiencia pasada y de carácter personal que deja heridas morales en la vida singular y que motiva la constitución de los respectivos colectivos juveniles; el *presente*, como las vivencias actuales de los jóvenes que anudadas al recuerdo permiten el surgimiento de la organización como tal; y la *promesa*, como la perspectiva de futuro que los grupos figuran a partir de un presente vivido en perspectiva histórica (en cuanto la memoria de sus integrantes) donde cifran, particularmente, el propósito de resarcimiento de las heridas morales. Los participantes de los grupos miran hacia el futuro y comprometen su vida personal en un acto de pertenencia a un colectivo. La organización aparece como la forma de poder para concretar el futuro tanto por lo que pretende hacer (objetivos) como por la manera real en que lo hace.

La progresión de la identidad llega así a la acción política propiamente dicha cuando el presente y el futuro como posibilidad de realización están más allá del espacio de poder grupal y el grupo no encuentra ya en el afuera un límite sino un reto para lograr la transformación social.

EL PRESENTE: LA VIDA DE LOS JÓVENES DESPERDICADA

El lugar público que han logrado los ocho grupos de la presente investigación⁴ al posicionar básicamente los discursos ambientalistas, de género, el vegetarianismo, el antimilitarismo y el anarquismo, los ha hecho parte activa de la discusión política en los distintos ámbitos donde tiene lugar la constitución del reconocimiento⁵. El papel que desempeñan estas organizaciones en la profundización de la democracia radica en la implícita promesa de llevarla al plano de un estilo de vida: vivir la democracia. Sin embargo, este entusiasta relato contiene a la vez un presente problemático, acompañado por el signo de la exclusión y por el recuerdo de los perdedores.

El punto de partida para analizar la progresión de la identidad por medio de la lucha por el reconocimiento que emprenden los jóvenes es el presente, un hoy en el cual estos jóvenes están organizados y continúan viviendo en los sitios donde la exclusión toma rostro pero donde simultáneamente ellos emprenden las contiendas por la inclusión. Un presente que, por ejemplo, persiste en

tener a los jóvenes como población destacada en las estadísticas de muertes violentas.

La máxima expresión del menosprecio hacia el sujeto adquiere forma en la escena de la sangre derramada. Tan elocuentes han sido las cifras de muertes violentas en Colombia y, especialmente en Medellín, que resulta aquí inoficioso acudir al dato; la conocida frase “los jóvenes como víctimas y victimarios” condensa la estela de muerte violenta que recorre la historia de esta ciudad durante los últimos veinte años. Relato vivo en las palabras de los jóvenes que participaron en la investigación cuando afirman que: “Los barrios están fragmentados mediante las fronteras establecidas por los grupos armados que impiden la movilidad de los jóvenes”⁶.

Llama la atención que sean los jóvenes, cotidianamente representados como potencial de vida, quienes paradójicamente encabezan las cifras de muertes violentas. Los jóvenes muertos junto con las demás víctimas del conflicto político y criminal de la ciudad pasan a formar parte de la memoria de una sociedad que menosprecia a un sector de su población (Foucault, 2007) y, en esta circunstancia, los jóvenes son en cierta forma el medio más apto⁷ para, llegado el caso, resolver los conflictos de forma violenta. La violencia, vista así, aparece como el punto máximo de expresión del menosprecio, el culmen de situaciones de exclusión que lentamente configuran la dramática trama con el conocido desenlace. La manera en que la muerte llega suele ser la culminación de una manera de vivir. La exclusión última de los jóvenes está precedida por una cadena de exclusiones en la cual la muerte violenta es el cénit.

Los jóvenes que participaron en la investigación compartieron sus experiencias de exclusión y las de sus comunidades. Expresaron sus sentimientos de menosprecio y pintaron los contornos de las heridas morales que hacen parte de su identidad. La exclusión experimentada por los jóvenes transcurre en los ámbitos de la familia, la sociedad y el Estado. Y aunque en cada uno de estos ámbitos la exclusión tiene formas peculiares de presentarse, la violencia física tiene el protagonismo en estas tres escalas de relaciones sociales.

En el trabajo con los grupos de jóvenes, al indagar por sus entornos, nombraron inmediatamente la violencia, especialmente la producida por sectores de la sociedad y el Estado. Esta violencia compromete a estos dos últimos actores, y provoca un acto de cancelación de la

autonomía del sujeto. Asimismo, la violencia física también irrumpe en las casas de los jóvenes, bien porque los muertos son familiares o seres queridos, o bien porque entre los miembros de la familia la violencia ocupa un lugar privilegiado para imponer una mirada unívoca del mundo. En esta dirección, las mujeres jóvenes narraron las prácticas machistas ejercidas en sus barrios, las cuales, según ellas, conducen “a la victimización de las mujeres al padecer la violencia por parte de los hombre dentro de sus hogares y la violencia de los actores armados, específicamente las violaciones”⁸.

Los jóvenes también narraron otras formas de exclusión que han vivido. Relacionada con el ámbito social se destaca la estigmatización que recae sobre los jóvenes porque desarrollan actividades entre pares que ponen en cuestión la autoridad del mundo adulto. De esta manera lo expresa una joven del grupo Crisálida:

La estigmatización ha sido exacerbada tras la llegada de un cura, quien al no contar con el apoyo del Centro de Promoción Juvenil para realizar sus actividades, ponía a la comunidad en contra de nosotros diciéndoles: “Ustedes ¿qué creen que hacen ellos por allá? quemando gatos a media noche; y los pelaos en zancos ¿a ustedes les parece mucha cultura unos muchachos montados en unos palos con unas tiras amarradas?”. Porque además los amarres de los zancos eran los pasacalles de los políticos, entonces íbamos y los bajábamos y con eso hacíamos los amarres de los zancos. Entonces, eso era satánico, eso era pornográfico⁹.

Poner etiquetas (Cohen, 1998) como “satánicos” es una forma utilizada por distintos sectores sociales para generar control. Estas prácticas están basadas en la afectación de la autoestima de la persona a partir de imponer una sanción social que designa de manera peyorativa a una persona o a un grupo. El trato peyorativo, en términos de práctica de exclusión, lesiona el autorespeto del sujeto al sufrir el desprecio público a partir de un aspecto constitutivo de su identidad juvenil que este considera valioso. La etiqueta, en este caso, busca descalificar a los jóvenes al punto de la burla y a la vez pretende validar otras prácticas (las orientadas por la Iglesia y los vecinos, por ejemplo) consideradas por sus propios líderes como las correctas.

En cuanto al ámbito estatal, los jóvenes señalaron como prácticas excluyentes aquellas que afectan su calidad de vida, básicamente la pobreza y con ésta las distintas maneras en que la vida termina reducida a la sobrevivencia. Situación extrema que los jóvenes interpretan como un

fuerte motivo para el despliegue de la violencia física. En palabras de los participantes en la investigación: “Los jóvenes son excluidos no sólo de la participación en el barrio, sino también en la ciudad, de alguna manera los jóvenes responden mediante la violencia a la violencia generada por la falta de vivienda, educación y empleo”¹⁰. Para estos jóvenes, el Estado tiene presencia en sus vidas desde la perspectiva militar, pero es el gran ausente cuando se trata de garantizar el acceso a bienes y servicios referidos a la calidad de vida.

La exclusión social y económica que viven estos jóvenes es interpretada por ellos más allá del conocido relato de que ambas son el resultado de “falta de esfuerzo personal”, por el contrario, estos jóvenes consideran que el propio esfuerzo es inoficioso ante el cierre sistemático de oportunidades de acceso al bienestar, situación de la cual el Estado es responsable. La pobreza, dentro de esta lógica, constituye, al decir de Bauman (2005), el vertedero de vidas desperdiciadas: allí paulatinamente llegan los residuos de la modernidad economicista, es decir, las personas que naufragaron en el intento de inserción en la lógica competitiva del mercado respaldada por un Estado reducido a garante del cumplimiento de contratos entre productores y consumidores. La pobreza, en esta perspectiva, es más que la falta de ingresos y constituye la expresión de la degradación y gradual eliminación de la vida. El empobrecimiento deviene así en la imposibilidad del sujeto para lograr la autorrealización.

Y, en el ámbito familiar, la exclusión tiene asiento en la actitud de los adultos, especialmente los padres, al menospreciar los estilos de vida que los jóvenes empiezan a configurar. Esta actitud genera dos tipos de relaciones entre padres e hijos que, eventualmente, pueden llegar a conectarse. En la primera situación, los adultos manifiestan el menosprecio por las prácticas de los jóvenes al considerarlas como “locuras” o “cosas que se quitan con el paso de los años”, y, por tanto, sin trascendencia, de manera que permiten a los hijos continuar con sus opciones de vida, porque al fin y al cabo “eso” terminará cuando los chicos sean adultos.

La segunda situación consiste en que los padres ni siquiera toleran esas “rebeldías de juventud”, estos padres consideran la etapa juvenil como un momento determinante de la vida que debe tomarse seriamente sin perder tiempo ni extraviar el camino. Los padres, en aras de que



Grafiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

los hijos sigan el camino correcto, intervienen drásticamente en la vida de estos últimos, prohibiéndoles formas de ser, hacer, estar y tener que rompen con los cánones considerados correctos por los adultos. Sobre esta situación es ilustrativa la siguiente narración de una mujer vinculada con un grupo juvenil que trabaja la perspectiva de género:

[...] además todo lo que implicaba tener que enfrentarse a las madres, por ejemplo, mi mamá que era una mamá católica y apostólica creía que yo era satánica. Ella me decía: “Usted es muy rara, usted se viste muy raro, usted habla muy raro, usted está loca ¿cómo me va a decir a mí que usted no se quiere casar y que la mantengan? Usted está muy equivocada en lo que está

diciendo y en lo que está pensando”. Y, por ejemplo, a mí me ponían estampitas de la Virgen María y de San Ignacio de Loyola debajo de la almohada, me echaban agua bendita, y yo lloraba, pero inconsolable porque yo no me iba salvar¹¹.

Las formas de exclusión que viven los jóvenes son actualmente inseparables de las propias vidas de esta juventud que aprende de sus heridas morales, de las que recuerdan que está quedando fuera del circuito natural de la vida. Y aprenden que el reconocimiento parte de su ser singular proyectado hacia el otro, un otro que en la situación de exclusión está referido a aquel que pueda mirar a los ojos, a otro excluido, alguien con quien compartir una historia en común.

EL RECUERDO: EL PODER DE LAS AUSENCIAS

Los excluidos gestan entre ellos la fuerza para emprender las luchas por el reconocimiento. Del vínculo personal y grupal toma aliento el proceso conflictivo de la inclusión emprendido por los jóvenes para vivir una vida digna. El presente es una realidad compartida para estos jóvenes, porque encuentran también un relato similar de vida que les permite reconocerse, saberse en el otro en la experiencia de la exclusión, certeza que reposa en la memoria de cada sujeto, donde se ha registrado consciente e inconscientemente la experiencia personal vivida, narración que convoca identidades y motiva a la acción. El surgimiento del grupo en sí muestra el poder de la ausencia en la vida de quienes organizan los grupos juveniles.

La génesis de los grupos juveniles pasa por las historias de vida de cada uno de sus participantes. Vivencias marcadas por las pérdidas que genera la disputa por el poder, relatos que toman cuerpo y sentimiento en las vidas de estos chicos/as que sienten la vida arrebatada, lo que contraría la posibilidad de la autonomía. Cada participante de estos grupos lleva la impronta de una herida moral, la irremediable certeza de una pérdida, sentimiento hecho recuerdo al enfrentar el paso del tiempo, que llega a pervivir en el sujeto.

Sobre el recuerdo, los jóvenes en esta investigación expresaron que todas las experiencias surgen en contextos de violencia, en los que sus integrantes como sujetos de vivencias singulares se hacen preguntas, plantean inconformidades y alternativas frente al orden establecido. Uno de los jóvenes cuenta que: “He visto caer tanta gente en el barrio, tantos jóvenes, que a mí me ha tocado ver amigos que han muerto sin cumplir los dieciocho años, sin tener una cédula, me ha tocado mucho, hemos visto caer mucha gente”¹². Las múltiples violencias y los sentimientos experimentados por cada uno de los miembros de los grupos en esas situaciones de exclusión, hacen parte de la vida de los jóvenes, la violencia ha dejado una impronta, ha marcado la memoria de los jóvenes (Riaño, 2006) y, con esta última, ha creado pautas de obediencia y, a la vez, ha incitado a la formación de las organizaciones de los jóvenes.

El dolor por la pérdida de los amigos y conocidos durante la época de la lucha contra el narcotráfico liderado por el cartel de Medellín, luego las incursiones paramilitares y la instauración de un orden, aún hoy en disputa por actores armados, ha ocasionado miedo y angustia en los jó-

venes, pero el temor no los ha paralizado, por el contrario, han vertido el sentimiento de las pérdidas en una acción que, sin dejar de sopesar los riesgos, contrarresta la violencia como propuesta para configurar un estilo de vida en sus respectivas localidades. En la memoria de estos jóvenes permanecen las heridas morales que motivan al resarcimiento, a la realización de esfuerzos para que la historia no vuelva a repetirse, para que los jóvenes no continúen siendo las víctimas ni los protagonistas de la violencia.

Estas experiencias de exclusión han motivado la aparición de organizaciones juveniles, por ejemplo, un chico expresó sobre los estímulos para ser punkero:

En términos del ambiente cultural, la música producida no daba cuenta de esa otra realidad de la ciudad. No había un género musical que representara las vivencias de los jóvenes en esa situación; fue el *punk* quien capitalizó esa insatisfacción, pues los jóvenes éramos las flores en los tarros de basura, ese sentimiento queda capturado en el frenesí del ritmo *punk* y en la dureza y franqueza de las letras de las canciones¹³.

En Medellín, el *punk* marcó la entrada de la voz de los jóvenes de los sectores populares en la urbe, con este ritmo empiezan a hacerse sentir, pero es ante todo una entrada en el espacio público por los caminos de las alcantarillas. Todos los adjetivos peyorativos que caben al *punk* por parte de la sociedad mayor fueron recibidos por los seguidores de este género con satisfacción, la ofensa fue interpretada como reconocimiento, la incomodidad que el *punk* y el punkero generaron a los habitantes corrientes de la ciudad sirvieron paradójicamente de aspecto identitario para un colectivo que incursionaba en la cotidianidad, a la vez que reafirmaba la existencia particular de cada uno de los punkeros que habitaba la ciudad.

Con similar tono los jóvenes del *hip-hop* entraron en el espacio público de la ciudad y a diferencia de los anteriores, su inclinación por las marcas de ropa y otros consumos (influenciados por Estados Unidos) logró disminuir el sentimiento de rechazo de sectores sociales que difícilmente aceptaban a unos jóvenes que se apartaban de la tradición del “vestir paisa”. Tanto el *punk* como el *hip-hop* nacen en la marginalidad y crecen bajo las sombras, al punto de correr el riesgo de ser un mero gueto. La conformación de una identidad propia (individual y colectiva) está cobijada por el señalamiento (el estigma) y, en algunos casos, la persecución por manifestarse abiertamente diferentes.

Por su parte, los jóvenes vinculados con otras experiencias incluidas en la investigación, aunque anteponen como motivos fundacionales de la respectiva organización aspectos “objetivos” referidos a la violencia y a las distintas exclusiones vividas en la ciudad, lo cierto es que al adentrarse en la conversación, reconocen que como parte de un sector excluido, experimentaron situaciones personales de infrareconocimiento, y que tal sentimiento jugó un papel importante a la hora de embarcarse en la conformación de su grupo. De ahí, por ejemplo, que todos los colectivos expresen que el primer escenario de conflicto en la conformación de la propia identidad haya sido (y siga siendo) la familia, cada uno de los jóvenes empezó no sólo a tocar temas vetados en casa, sino porque sus decisiones se tradujeron en maneras de vestir, en posturas y valoraciones, que pronto entrarían en contradicción con los padres y hermanos. Y si bien confrontar las sanciones sociales impuestas por los escenarios locales hace parte de la constitución de la identidad personal y grupal, será la vivencia de esas sanciones en la familia el punto crucial para avanzar o no en la elección del tipo de identidad personal y organizativa, pues una vez sorteados los inconvenientes con las personas más cercanas a los afectos, el carácter del joven se fortalece para enfrentar escenarios lejanos en relación con la vida íntima.

La conformación del grupo, en primera instancia, aparecerá como el espacio para estar fuera de casa, la manera de tomar distancia de una familia de la cual no es posible aún desligarse económicamente pero con la cual los jóvenes tienen serias diferencias. Éstos, fuera de hallarse incómodos en sus familias, viven también situaciones de exclusión en otros ámbitos donde el reconocimiento adquiere mayor autonomía. El grupo, en estas circunstancias, aparece como el espacio de reconocimiento que, a contracara, evoca las exclusiones que estos jóvenes viven y han vivido, esas vivencias constituyen una parte vital de su memoria personal y colectiva. El recuerdo que aviva el presente anuda los contenidos del futuro.

LA PROMESA: LA PROFUNDIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

El presente y el pasado entrelazan la trama del futuro, dan lugar a una promesa para poder vivir y vivir bien.

El pasado en común y unas condiciones actuales de exclusión aportan elementos de identificación entre estos jóvenes. Este reconocerse en el dolor de las pérdidas y las ausencias confluye en el reconocimiento subjetivo e intersubjetivo y anima a los jóvenes para conformar una organización que en términos políticos pretende incidir en la situación asimétrica que vive cada uno de sus participantes. En efecto, los jóvenes entrevistados señalan que “entre el común del colectivo decimos que ahí estamos como los raros de esta ciudad. Son jóvenes muy particulares en el sentido de sus búsquedas, son jóvenes que en cierta forma han llegado a criticar como que este modelo, este sistema, su forma de vida, criticar a esta ciudad”¹⁴.

Estos grupos, de manera general, aportan a la profundización de la democracia porque, por un lado, sus estilos de vida y las demandas de inclusión que representan contribuyen a promover y a consolidar el *pluralismo* como valor democrático. Y, por otro, en consonancia con este propósito, los grupos juveniles recrean los medios de comunicación y sus contenidos para alcanzar así el estatus de sujetos políticos e incidir en la esfera pública.

HACIA UNA SOCIEDAD PLURALISTA

En el grupo y con la capacidad de cada sujeto en singular para realizar una acción con perspectiva histórica, empieza a generarse el poder de la organización juvenil. En estas formas organizativas, la promesa de acción política anuncia que no existe un adentro y un afuera, que la vida del sujeto y la vida pública son inseparables. Nombrar lo personal como político (Vélez, 2008) obliga a pensar, por ejemplo, en los controles de la vida diaria como parte del acto mismo de autonomía del sujeto, afectada a su vez por decisiones estatales que afirman respetar la llamada *esfera privada de la vida* pero sobre la cual el Estado legisla en relación con los contenidos y los estilos de vida admitidos y rechazados. La vida personal vinculada con lo político se manifiesta en los objetivos de los grupos, así lo plantean los chicos: “Nosotros tenemos un propósito básicamente comunitario, o sea, de proyecto personal, del proyecto de vida y el proyecto de vida común ¿cierto? Y ya desde ahí se nos ensamblan todos los otros propósitos”¹⁵.

La propuesta de estos grupos, entonces, deriva en la conformación de un estilo de vida (Feixa, 1999) que re-

clama vivir a plenitud la constitución de la autonomía, el autorespeto y la autorealización, búsquedas que comprometen la identidad del sujeto joven en la profundización de la democracia en cuanto a los valores que intenta instaurar. Por ello, el grupo es para estos jóvenes “un espacio de acercamiento hacia la política, hacia la interpretación de sociedades diferentes, de perspectivas diferentes, hacia otras formas de comprender la vida, de tomar la vida y también como un compromiso frente a la sociedad, y frente a ellos mismos”¹⁶.

Para poder cumplir con la promesa, cada una de las partes se compromete a realizar una acción colectiva con sentido específico, la cual hace parte de la incursión de un actor social que irrumpe en la vida pública. Los grupos de los jóvenes, una vez conformados, son organizaciones que desarrollan actividades con sentido, es decir, implementan acciones políticas porque pretenden incidir en la formación del orden social.

Los objetivos de las organizaciones juveniles indican que para todas ellas es importante construir una sociedad incluyente, donde los sueños de los jóvenes tengan cabida. En la conformación de una sociedad así, estos grupos de jóvenes caracterizan sus propuestas con todos aquellos rasgos propios de la democracia¹⁷ en cuanto procedimiento para la toma de decisiones, pero también como proyecto social sustancial (Bobbio, 2003). En esta perspectiva, el grupo OtraEZcuela creó la campaña “Política para Inconformes”, para promover la idea de que “la política no se reduce a los círculos cerrados del poder, de la demagogia barata y la farándula encorbata-da, proponiendo recuperar la política para ellos, para el ciudadano del común y cambiarle el olor, el color y el sabor a esa palabra que les huele a corrupción, mentira y elitismo”¹⁸.

Los valores democráticos que comportan estas propuestas conducen a relieves la preponderancia del reconocimiento del Otro, de proteger la diferencia que expresa cada forma de vida particular y la riqueza que subyace en la pluralidad (Arendt, 1998). Uno de los elementos que permiten realizar esta afirmación consiste en el rechazo que estos grupos hacen de toda forma de violencia, para ellos la violencia es la negación del reconocimiento, del derecho a tener derechos que cabe a todo ser humano. Para estos jóvenes los derechos son objeto de disputa política pero sin necesidad de recurrir a la violencia. La manera de preparar a los jóvenes para



Graffiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA ARCHIVO EDITORIAL MAREMÁGNUM

afrontar las luchas por el reconocimiento privilegia los procesos educativos como esenciales para ir avanzando en la consolidación de la utopía social. Las propuestas educativas desarrolladas por los jóvenes apuntan a lograr la transformación de las personas sin violentar su subjetividad, buscan que cada individuo tome una decisión sobre cómo vivir, y para que dicha elección sea un cambio profundo de las personas es necesario que la decisión provenga del convencimiento propio, por esto una consigna que los grupos comparten dice: “Nadie cambia a nadie”.

Esta convicción sobre el proceso de transformación que adelantan los grupos también provee la paciencia para no perder el norte del trabajo, en palabras de un joven: “Sabemos que estamos nadando contra la corriente y no esperamos masas”¹⁹. La lentitud de la transformación radica en las dificultades propias del medio social y

en el lento proceso de transformación personal de cada individuo. El reconocimiento, en este caso, incluye aceptar que el Otro, el diferente, elige, toma decisiones, y ello demanda tiempo, pues no se trata únicamente de modificar el decir sino también el obrar.

Para cumplir con la promesa a partir del presente, los jóvenes incluidos en la investigación, por lo general, resaltan que las vías de reconocimiento de los integrantes de los colectivos transitan por modalidades que vinculan al sujeto con el grupo pero necesariamente trascienden el mismo grupo como espacio de reconocimiento. Estas experiencias de organización juvenil proyectan su acción más allá del ámbito grupal, para ellos los proyectos de realización personal pueden efectuarse siempre y cuando se creen las condiciones para acceder a los bienes y servicios implícitos y explícitos demandados en los contenidos de sus propuestas y que comprometen a la sociedad y al Estado.

Para lograr mayor impacto pero a la vez aprender y fortalecerse internamente, acuden a la conformación de redes, alianzas y a la cooperación con distintas organizaciones. Al respecto, un joven afirma:

En Otrazcuela hemos planteado como una de las necesidades fundamentales para la consolidación de nuestro proyecto la articulación con las diferentes expresiones e iniciativas juveniles de resistencia, tanto a nivel local como nacional. De esta manera hemos tratado de generar canales de comunicación permanente con organizaciones juveniles²⁰.

La conformación de redes de trabajo, la realización de eventos conjuntos, entre otras acciones de cooperación, les permiten fortalecer la confianza dentro del grupo y generar aprendizajes y, simultáneamente, hacia afuera, abre los caminos para el reconocimiento de estas experiencias ante públicos más amplios y contradictorios que permiten cualificar políticamente a cada uno de los miembros de los grupos, como a las colectividades en sí.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO ESPACIO DE DISPUTA DEL RECONOCIMIENTO

Los medios de comunicación permiten a las instituciones establecer relación con un importante número de personas globalmente, reflejan la sociedad pero tomada desde un punto de vista, el que media entre los dueños de los medios y los poderes que pueden de ellos beneficiarse

(Vallespín, 2003). Si bien los medios de comunicación no determinan las subjetividades, está fuera de toda duda que sin ellos la subjetividad actual carecería de una vital impronta.

Los medios sirven para que la sociedad establezca un intercambio de símbolos y principios de realidad con los cuales coordinar acciones, por supuesto, esta coordinación también funciona para el sometimiento de otros sectores de la sociedad. La conformación del orden social, su mantenimiento y reproducción en la época de las sociedades de masas ha puesto en su centro a los medios de comunicación y su desarrollo tecnológico. Los medios muestran un espejo y el reflejo deja luces y sombras: son tanto lo que dicen como aquello que callan. En el lado del silencio están los jóvenes con sus visiones políticas del mundo.

Las percepciones y juicios que las personas elaboran de los asuntos públicos están influenciados por la información con la que cuentan y por las orientaciones de sentido que tal oferta establece y que conduce a ejercer o no ciertas prácticas de relación social. La influencia de los medios de comunicación masivos sobre la vida de las personas y la tendencia a la monopolización, produce el gran riesgo de la uniformidad de la información, la presentación parcializada de los distintos hechos sociales vistos únicamente desde un solo lugar, en muchos casos del lado de quienes ocupan puestos de poder, situación que limita de manera preocupante la posibilidad de formar una opinión pública plural y democrática (Van Dijk, 1999).

En los medios de comunicación los jóvenes aparecen, por lo general, contribuyendo a reafirmar la auto conservación de la sociedad sin ponerla en cuestión; sin atender los reclamos que otros sectores realizan, y que autores como Ulrich Beck llaman la *autoconciencia de la humanidad*, su pensamiento crítico (Beck, 1998). Los medios de comunicación son declarados “democráticos”, así el acceso al medio esté en manos privadas, de esta forma, promueven valores, crean y refuerzan sentimientos y percepciones de realidad y, por supuesto, sirven a quienes los poseen. Los jóvenes de la investigación indicaron que “los medios de comunicación sirven para muchas cosas, en la política uno ve como los medios están al servicio de los intereses de los partidos, a favor de los que tienen el poder y que terminan beneficiando a unos pocos, casi siempre ellos mismos”²¹.

Asimismo, los jóvenes son un público selecto para los medios de comunicación: los estudios publicitarios, por lo general, están dirigidos a esta población. Quizá la noción de futuro atada a la figura del joven conduce a que las instituciones y las empresas dediquen esfuerzos por conocer su vida, para luego traducir sus expectativas en productos y en órdenes. La idea de que los jóvenes están en etapa de conformación de la identidad refuerza la oferta de subjetividades (modos de ser) que los medios de comunicación promueven con referencia a parámetros establecidos por la sociedad hegemónica, de manera que ésta pueda autorreproducirse; en esta época, dicha socialización está bajo el signo fundamental del mercado y la publicidad, de esta forma, como dice Rosana Reguillo, los circuitos comerciales influyen en las identidades de los jóvenes (Reguillo, 2000).

Los medios de comunicación actuales, atrapados por la lógica del mercado, difícilmente contribuyen a la formación de espacios para el diálogo entre los diferentes sectores de la sociedad. Podría decirse, como plantea Victoria Camps, que no reflejan la opinión de los ciudadanos, más bien la construyen (Camps, 1999). De tal suerte que el ciudadano es un consumidor más de un producto llamado noticia, él no la produce, sólo la consume.

Desde la situación de los jóvenes de esta investigación, los actuales medios de comunicación, dicen ellos, están al servicio de intereses que generan una sociedad de múltiples exclusiones que ellos viven en su vida diaria y afectan sus estilos de vida. Para estos jóvenes los medios permiten la difusión de información construida desde un sólo punto de vista. En este sentido, el problema más que el medio mismo es su orientación.

Por el valor que tienen los medios de comunicación, tanto por lo que representan como por lo que efectivamente permiten, han alcanzado un lugar preponderante en las organizaciones juveniles, pues les permite su incursión en el debate público, significa poner su voz en escena e interpelar a quien por tanto tiempo ha enviado a los jóvenes al lugar del receptor. Los jóvenes buscan formar opinión pública, por eso incursionan en el debate a partir de la constitución de una posición política arraigada en la subjetividad y garantizada en la organización juvenil que pretende crear las condiciones para que esos particulares estilos de vida cuenten con los requerimientos necesarios para su realización en los ámbitos de la sociedad y el Estado. Los jóvenes vinculados con la investi-

gación señalaron que “lo virtual es un medio importante para lograr mejor comunicación entre los miembros de los grupos y dinamizar el trabajo, para poner a circular nuestras propuestas en la sociedad, pero hay que tener cuidado porque lo virtual puede causar la impersonalidad del individuo”²².

Al utilizar los medios de comunicación, asumen una posición activa, emiten un mensaje que ellos mismos producen con sus acciones y estilos de vida. Esta práctica contribuye a reforzar el principio liberal del derecho a la información, pero va más allá, porque el protagonismo de los jóvenes como productores de la noticia y los contenidos propios de lo que informan redundan en el debate y los procedimientos democráticos para mediar los conflictos. Un análisis de contenido de los mensajes emitidos por los jóvenes muestra con claridad, por ejemplo, que la violencia es vista como el fracaso de la democracia, y que sólo a través del diálogo es posible tener un vínculo social, en sus propias palabras: “Lo dialógico apunta a no reproducir lo mismo. Lo dialógico permite conocer al otro y pensar por sí mismo”²³.

El interés de los grupos juveniles por construir sus propios medios de comunicación posibilita fortalecer el debate público, a la vez que incide en la formación de una opinión democrática. Los discursos de los jóvenes, contrarios a los intereses de grupos de poder, han tenido que apropiarse de alternativas comunicativas para así transmitir sus puntos de vista, por ello la creación y la utilización de periódicos, páginas electrónicas, obras de teatro, la creación de canciones, entre otros recursos utilizados cotidianamente por estas organizaciones.

Con sus medios de comunicación, proponen otras formas de explicar los sucesos de interés para la sociedad; desde la marginalidad estos actores contribuyen a formar una opinión pública que difiere de la mayoría, constituyen un punto de opinión diferente, alimentan el debate al confrontar posiciones y maneras de presentar los sucesos por parte de los medios de comunicación tradicionales. Los jóvenes participantes de esta investigación, a partir de la reflexión sobre sus experiencias personales, el ejercicio dialógico en la constitución de una identidad colectiva y el relacionamiento con distintos actores de la sociedad y el mundo (la globalización), rechazan muchos de los criterios creados por la sociedad hegemónica e impulsados por los medios de comunicación masivos,

porque en general consideran que los menosprecian, los conducen a la ignorancia social.

Estos jóvenes tienen unas lógicas de relación social diferentes de los marcos tradicionales y a través de los medios de comunicación alternativos, creados y utilizados por ellos, transmiten su percepción diferente del mundo. En esa medida, los medios de comunicación representan para estos jóvenes la posibilidad de difundir las propuestas que hacen parte de sus identidades, a la vez que el hecho de la difusión entra a reforzar la lucha misma por ser reconocidos en ámbitos más allá del grupo.

REFLEXIÓN FINAL

Los resultados del análisis de las experiencias juveniles que participaron en esta investigación permiten aseverar que los jóvenes mantienen el interés por los asuntos políticos. Estas experiencias han asumido la cuestión política como un proceso conflictivo en el cual está en juego el orden social. En esa situación, las disputas políticas son más que debates entre entes abstractos, las decisiones derivadas de las instituciones comprometen la vida de las personas en particular, en este caso la vida de cada uno de los jóvenes singularmente.

Para estos jóvenes, la ilegitimidad del orden actual radica en la exclusión de identidades y vidas que pugnan por ser plenamente. La exclusión deja de ser así un conflicto generado sólo por la disputa entre objetos y posiciones de poder y pasa a representar ante todo una lucha por el reconocimiento. Entre las motivaciones que encuentran para emprender tal confrontación aparece la experiencia

de vida signada por heridas morales, recuerdos vivos que contribuyen a entender la situación de exclusión actual que viven los jóvenes.

La evocación del pasado para profundizar en la comprensión de los problemas del presente incentiva a la acción política de los jóvenes. La organización juvenil, en este sentido, es una expresión diciente del poder de la ausencia, pero también obra como compromiso para instaurar un cambio en el cual las heridas morales puedan ser resarcidas al menos con la promesa de construir un nuevo orden social donde se garanticen las condiciones de no repetición de las situaciones de exclusión.

Las luchas por el reconocimiento de los jóvenes recorren un proceso progresivo de conformación de la identidad que, sin perder su carácter dinámico, les lleva a interactuar con distintos actores sociales y políticos a los cuales exigen inclusión. Su capacidad de influencia en los entramados sociales está acompañada por la creación y la utilización de medios de comunicación a través de los cuales estos actores disputan el reconocimiento de subjetividades y los idearios sociales que presuntamente permitirían su realización.

En el proceso de confrontación de los jóvenes con la familia, la sociedad y el Estado, surge lentamente el sujeto en propiedad en la medida en que el orden social resultante cristalice la autonomía, el autorespeto y la autorealización de los jóvenes. Tal posibilidad, como la dinámica misma del reconocimiento advierte, está supeditada al campo de fuerzas históricas en el cual los involucrados despliegan sus iniciativas y en donde persisten en la conformación de la propia subjetividad.



NOTAS

¹ En el presente artículo, la perspectiva de análisis centra la atención en aquellos jóvenes que en contextos de exclusión, buscan reconocimiento, sin reducir con ello la dinámica del reconocimiento a la existencia de contextos de este tipo.

² Esta concepción controvierte la idea liberal de las democracias modernas de un individuo autónomo en términos autárquicos y señala, por el contrario, que la autonomía de existir incluye reconocer los límites del sujeto en cuanto singular. Véase. Javier Roiz (1996).

³ Sobre los límites del concepto de *reconocimiento* y los marcos de acción legítima del sujeto, véase Francisco Cortés Rodas (2005).

⁴ En consonancia con el enfoque teórico de este estudio, la investigación adoptó el método de la reflexividad, el cual, en general, posibilita la construcción de conocimiento desde la dinámica intersubjetiva.

⁵ Estos son los grupos que participaron de la investigación y los asuntos que intentan posicionar: Crisálidas (feminismo y géne-

ro), Arte Ambigua (ecologismo), Red Juvenil (antimilitarismo), La Revolución de la Cuchara (vegetarianismo), Punkies y Cerebro (*punk*), Desadaptadoz (*punk*), Otraezcuela (educación política) y Escuela de Hip-Hop. Grupos a los cuales agradecemos su valiosa participación en esta investigación.

⁶ Taller sobre contexto. Medellín, 21 y 22 de junio de 2008.

⁷ Históricamente el joven ha sido asimilado a la figura del “guerrero” tanto por sus condiciones físicas como por cierta predisposición al riesgo y a la aventura.

⁸ Taller sobre contexto. Medellín, 21 y 22 de junio de 2008.

⁹ Entrevista a una integrante de Crisálida, San Antonio de Prado, mayo 21 de 2008.

¹⁰ Taller sobre contexto. Medellín, 21 y 22 de junio de 2008.

¹¹ Entrevista a integrante de Crisálida, San Antonio de Prado, mayo 21 de 2008.

¹² Entrevista realizada a dos integrantes de Desadaptadoz. 5 de diciembre de 2007.

¹³ Taller con los ocho grupos de la investigación sobre análisis de contextos. Medellín, San Juan de Luz, 21 y 22 de julio de 2008.

¹⁴ Entrevista a miembro de la Red Juvenil. Medellín, diciembre 5 de 2007.

¹⁵ Entrevista personal a tres miembros de Arte Ambigua. San Antonio de Prado, noviembre de 2008.

¹⁶ Grupo OtraEZcuela. Comunicación personal. Diciembre 13 de 2007.

¹⁷ Paradójicamente, en los discursos de estos grupos el concepto *democracia* está ausente, es una palabra desvirtuada para los jóvenes gracias al trato maniqueo que la sociedad mayor hace de ella y al reduccionismo de que es presa al quedar circunscrita a una forma de gobierno y no a unas formas de vida y de relaciones sociales, como plantean los chicos.

¹⁸ OtraEzcuela, mimeografiado, Mayo de 2008.

¹⁹ Taller con los grupos de investigación sobre configuración discursiva. Medellín, septiembre 13 de 2008.

²⁰ Conversatorio con los grupos de la investigación sobre rupturas con la cultura política dominante. Medellín, 16 de agosto de 2008.

²¹ Taller sobre contexto. Medellín, 21 y 22 de junio de 2008.

²² Taller con los grupos de investigación sobre configuración discursiva. Medellín, septiembre 13 de 2008.

²³ Taller sobre las prácticas y las costumbres políticas con los grupos incluidos en la investigación. Medellín, octubre 4 de 2008.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARENDRT, Hannah, 1998, *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- BAUMAN, Zygmunt, 2005, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós.
- BECK, Ulrich, 1998, *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- BOBBIO, Norberto, 2003, “La democracia: las técnicas”, en: Norberto Bobbio, *Teoría general de la política*, Madrid, Trotta, pp. 449-490.
- CAMPS, Victoria, 1999, “Virtudes públicas y opinión pública”, en: *Revista Foro*, No. 36, Bogotá, Fundación Foro por Colombia, pp. 70-73.
- COHEN, Stanley, 1998, *Visiones de control social*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias.
- CORTÉS, Francisco, 2002, “Justicia y exclusión: elementos para la formación de una concepción igualitaria de justicia”, en: *Estudios Políticos*, No. 20, Medellín, Universidad de Antioquia - Instituto de Estudios Políticos, pp.157-178.
- _____, 2005, “Reconocimiento y justicia. Entrevista con Axel Honneth”, en: *Estudios Políticos*, No. 27, Medellín, Universidad de Antioquia-Instituto de Estudios Políticos, pp. 9-26.
- FEIXA, Carles, 1999, *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel.
- FOUCAULT, Michel, 2007, *Nacimiento de la biopolítica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HONNETH, Axel, 1997, *La lucha por el reconocimiento*, Barcelona, Grijalbo.
- MORIN, Edgar, 1998, *Amor, poesía y sabiduría*, Montevideo, Trilce.
- REGUILLO, Rossana, 2000, *Emergencias de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Bogotá, Norma.
- RIAÑO, Pilar, 2006, *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*, Medellín, Universidad de Antioquia/Instituto Colombiano de Antropología.
- RICOEUR, Paul, 2006, *Caminos del reconocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ROIZ, Javier, 1996, *El gen democrático*, Madrid, Trotta.
- URIBE, María, 2000, “Notas para la conceptualización del desplazamiento forzado en Colombia”, en: *Estudios Políticos*, No. 17, Medellín, Universidad de Antioquia – Instituto de Estudios Políticos, pp. 47-73.
- VALLESPÍN, Fernando, 2003, “Un nuevo espacio público: la democracia mediática”, en: Aurelio Arteta, Elena García y Ramón Máiz, *Teoría política: poder, moral, democracia*, Madrid, Alianza, pp. 462-478.
- VAN DIJK, Teun, 1999, *Ideología*, Barcelona, Gedisa.
- VÉLEZ, Marta, 2008, “El feminismo: la erosión del patriarcado”, en: Eduardo Domínguez, *Historia de las ideologías políticas*, Medellín, Universidad Eafit - Fondo Editorial/Canal U, pp. 745-768.



ANA ADARVE | *Sobre lo cotidiano 1*; 40 x 150 cm. Fotografía a color, 1998.



ANA ADARVE | *Sobre lo cotidiano 2*; 40 x 150 cm. Fotografía a color, 1998.



ANA ADARVE | *Sobre lo cotidiano 3*; 40 x 150 cm. Fotografía a color, 1998.